

## CAPÍTULO 4. AUGUSTO ES ENCERRADO. ÁGATA LO VISITA.



De inmediato, Ágata se puso a desplegar una actividad asombrosa. Aventó vestido y botas, se amarró un pañuelo en la cabeza, se puso guantes y suspiró para sí: todo está a punto de ser lanzado al fuego, manos a la obra, a limpiar la celda del hermano. De prisa mandó a la criada al cerrajero. Ella misma llevó ropa de cama y ropa interior para el hermano, cubiertos y toda clase de provisiones, una gran tina para lavar las vasijas y trapos para secar, cubetas, escoba y trapeador. Todo lo amontonó en el balcón que daba al cuarto de las chinches y no se le olvidó ni la bacinica. Una gigantesca botella de solución de sublimado y una tina con jabón completaban el equipo. A pesar de la prisa que tenía, seleccionaba los cachivaches usados, pues había jurado que no se utilizaría, de nuevo, nada que hubiera estado en este cuarto de epidemia.

En menos de una hora todo estuvo listo y Ágata se sentó pensativa frente al cuarto de las chinches, con las manos en el regazo. Estaba esperando al cerrajero. “Si es necesario atender a Augusto lo haré yo misma. Si no él verá cómo se las arregla solo. Tengo que entrar a su cuarto, y eso será del todo necesario; pues sea.” No acabó de pensar, como de costumbre, en todo lo que podría meter por la fuerza en el cuarto del hermano –“hay que limpiar su cuarto”- y audaz, retomó el pensamiento en otra forma. “Me voy a hacer dos vestidos de jerga. Así no echo a perder tanto. Uno puede quedarse en una solución de fenol, mientras uso el otro. Y al balcón puedo entrar con la escalera de mano. Resulta bien.”

Ágata se puso casi contenta con sus planes. Mientras tanto esperaba oír los pasos del cerrajero. Por fin, apareció el maestro Haudrauf y comenzó su extraña tarea. La señora Willen hizo poner dos barras de hierro en la parte exterior de la puerta de la celda, dos barras de hierro que, metidas en ganchos de hierro, podrían soportar cualquier asalto desde el interior. Pronto, el trabajo estuvo listo, y Ágata todavía estaba sentada con las manos recogidas y esperaba. El corazón le palpitó. Si su treta resultaba, su hermano se salvaría de la policía.

Finalmente, oyó los pasos de Augusto. Rápido se escapó ella a su cuarto. Cuando él llegó al corredor, ella asomó la cabeza por la puerta y dijo: -Qué bueno que llegaste. Tendí tu cama. Imagínate, debajo del colchón hay una chinche.

No pudo acabar de hablar. Augusto se lanzó como una tromba y al momento la puerta se cerró tras él y se corrieron las barras de hierro. -Así, mi muchacho -dijo Ágata-, ahora te tengo seguro.

Ella se fue de allí, despreocupada de la furia del prisionero, que se vio engañado vilmente. Se sentía tan aligerada que, casi inconcientemente, comenzó a tararear la melodía de El murciélago: “Tengo una hermosa pajarera”. A la mitad de los versos, sin embargo, se le ocurrió que su hermano estaba enfermo. Asustada se contuvo, le dio vergüenza y jaló una silla, la colocó junto a la puerta de la prisión y se sentó allí, escuchando todos los ruidos que salían del cuarto. Con los jalones de los muebles y los lanzamientos de los cojines, pudo seguir con precisión la manera como su hermano se dedicaba a su ocupación favorita.

Hora tras hora ella estuvo de guardia. Fue así como la halló el doctor Vorbeuger. Lachmann había salido de viaje y, así, no podría dar una repuesta terminante sino varios días después. No dejaba de ser posible que entre sus enfermos se hubieran dado casos de escarlatina.

Ágata recibió la noticia como si fuera embajada del vencedor. Le alegró haber tenido razón y con sensación de triunfo gritó, mientras el hermano practicaba su deporte: -Sí, tienes escarlatina. Yo ya lo sabía.

Augusto se rió con ganas. –Ni rastro de escarlatina. Estoy bien sano. Ya lo verás mañana, hoy tengo, todavía, que hacer. ¡Tengo la receta de Steinschnüffler! ¡Ay de las enemigas! ¡Ahora déjame en paz! Ya va a oscurecer, estoy al acecho. Ningún ruido debe asustar a la caza.

Ágata estaba realmente en ascuas. Observó la forma como Vorbeuger ponía las orejas en punta, para oír lo que decía el hombre allá adentro. Desde hacía tiempo, las chinches en la casa de Müller eran del dominio público. La señora Willen, sin embargo, nunca hablaba de eso, tenía todavía la esperanza de sofocar el rumor por medio de su terco silencio. –¡Alucinaciones de la fiebre! –mintió–; el pobre con fiebre escarlatina –y jaló al médico con tanta prisa que casi le estrella la nariz contra la pared. Eso despertó su rencor de la mañana y, frotándose la nariz, repitió con tono amenazador: –Espero que usted logre conservar encerrado al enfermo, señora Willen. De lo contrario, yo soy responsable y en el hospital está seguro.

Bajo la impresión de estas terribles palabras, pasó Ágata el resto del día y toda la noche. Sin dormir, sentada en la silla, arreglaba su vestido para la escarlatina, una vestidura blanca larga, zapatos de lona, una gorra bien unida y una máscara, que sólo dejaba desguarnecidos los ojos. Ella quería arrostrar el peligro armada de esa manera. De vez en cuando suspiraba profundamente. Allá adentro no se movía nada. Pero ella conocía a su hermano. A él se le iba el sueño, de seguro, como a ella misma. Él estaba al acecho.

A medida que se acercaba el amanecer, se sentía más abochornada. Trataba de representarse cómo el hermano se escaparía de nuevo, tan pronto como ella abriera la puerta, arrollándola en el camino. Y luego veía gente con cuellos rojos, que lo perseguían y arrastraban para mandárselo al muy ofendido Vorbeuger. Casi le corrían las lágrimas y llena de rabia pensó en el lejano Lachmann, que la había puesto en esta situación.

Por fin despuntó el día. Ágata se levantó. Una vez en el cuarto, ya sabía cómo dominar al enfermo. Sólo era de peligro el momento de abrir. Si él estaba dispuesto a la fuga detrás de la puerta, entonces todo estaba perdido. Ágata levantó con cuidado las barras de hierro, giró quedo la llave, pegó el oído otra vez a la puerta, luego abrió bruscamente y se disparó hacia adentro.

Su asombro fue grande cuando divisó al hermano. Se veía tranquilo sobre su cama y no volvió su rostro hacia la recién llegada ni siquiera una vez, tan profundamente estaba sumido en sus pensamientos. No contestó el saludo de Ágata. Y al ordenarle ella ir hacia el balcón y quedarse allí hasta que hubiera arreglado el cuarto, él se levantó, se estiró cuan largo era, caminó despacio hacia la hermana y habló, parado muy cerca de ella: –No me picó –luego abrió mucho los ojos, tanto que su hermana, más tarde, afirmaba que parecía un becerro moribundo. Después se volvió y caminó hacia el balcón. Ya en la puerta, giró de nuevo, asintió seriamente con la cabeza y dijo otra vez: –No me picó. ¿Sabes cómo sucedió? –Mientras Ágata ordenaba el cuarto, él andaba de un lado a otro del balcón, con las manos en la espalda. Contestaba a las palabras que de vez en cuando la hermana le dirigía sólo con un movimiento de cabeza en señal de enfado y la exclamación: –No me molestes, tengo cosas que hacer.

Ágata se puso nerviosa con ese silencio insistente. Creía poder percibir con mayor claridad que las alucinaciones de la fiebre se apoderaban del hermano. Sin embargo, perdía la seguridad cuando observaba su rostro sano y fresco, que no mostraba señales de fiebre y no tenía la menor mancha roja. Finalmente, la preocupación por el hermano venció el miedo a contagiarse y se acercó y le preguntó: –¿Te sientes bien?

Animado afirmó con la cabeza, pero prosiguió con impaciencia: –Tengo cosas que hacer.

Ágata hizo otro intento. –Pero si tú no haces ni lo más mínimo. ¿Qué tienes, pues, que hacer?

Entonces él se plantó frente a ella y del fondo del pecho brotó sólo una palabra: –Reflexionar.

Ágata se fue caminando de espaldas hacia la puerta, tan intimidada estaba con el comportamiento del hermano. –Adentro está todo listo. ¿No quieres entrar? Te vas a resfriar.

En lugar de alguna respuesta resonó por tercera vez: –No me picó.

Ágata se fue suspirando, cerró la celda y atravesó las barras.

El raro silencio del hermano y su seriedad festiva la confundían y atemorizaban aún más que su anterior bramido. Inquieta corrió de nuevo hacia el jardín para observar desde allí al transformado enfermo. A mediodía se acrecentó su preocupación de tal forma que olvidó sus precauciones de encierro y entró por segunda vez al cuarto emponzoñado. En esta ocasión, Augusto ni siquiera notó su presencia. Con todo, y

para su alegría, ella vio que se había comido una gran parte de las provisiones y se había empinado el vino con denuedo. Eso la tranquilizó un tanto.

Sin embargo, pasó una noche más que mala y a la mañana siguiente entró al cuarto de Augusto con muy oscuras expectativas. El estaba aún en la cama; se quedó allí, sin prestar atención a las exhortaciones de la hermana para que se levante. No pronunció palabra, sino que miraba fijamente hacia el techo, con la misma mirada de becerro que el día anterior. No le quedaba a Ágata otra cosa que hacer, salvo dejarlo acostado.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*